

de una vez lo ha declarado el Doctor del Rosario, que lo es de la filosofía cristiana, discurriendo así magistralmente en reciente documento: «Por filosofía debe entenderse la ciencia que indaga sólida y profundamente las supremas causas de las cosas; y ésta es la mejor patrocinadora de la verdad, con cuyo amparo no andarán fluctuando los espíritus, ni serán arrastrados por todo viento de doctrinas... Ella podrá prestar el auxilio de la verdad á los otros ramos del saber, desenredando los lazos del sofisma y deshaciendo los engaños del error. Tal es la filosofía del Angélico Doctor Santo Tomás, tantas veces y con tantas veras por Nos recomendada... Ella muestra con la mayor lucidez el encadenamiento de todas las cosas, subiendo de una causa á otra hasta las primeras razones, y elevándose desde aquí hasta la contemplación de aquel Ser que es primera causa eficiente, principio y ejemplar soberano de todos los seres, hasta Dios á quien en definitiva debe referirse toda filosofía y el hombre mismo con cuanto es y posee... De esta suerte el sapientísimo Doctor de Aquino, marchando dentro de los límites de la verdad, no sólo no pugna nunca con el que es principio y suma de toda verdad, sino que se adhiere á Él, cuanto le es posible, y acata la revelación de sus arcanos....»

9. Pues, ¿qué mayor desatino, señores, que impugnar la Verdad suma so color de indagar las verdades particulares? Y ¿qué desengaño más triste que el de una filosofía escéptica, que en el término de todas sus investigaciones se cruza de brazos y exclama despechada: «¡Nada sé y nada puedo llegar á saber fuera de lo que veo y palpo con las manos! La metafísica es una quimera: no hay más ciencia que la física, ni

más verdad averiguada que la del orden sensible.» Tal es el supremo resultado de la gran filosofía positiva, hija legítima del racionalismo del siglo XVIII. Con esto parece puesta en claro la necesidad de buscar el apoyo de la fe para dar solidez á la ciencia; y así lo entiende y se propone hacerlo todo instituto serio de instrucción superior. Y veis aquí, señores, la significación de ese glorioso emblema del rosario, cuya recitación equivale á una constante y pública profesión de fe cristiana. No haya miedo que ésta degenera, y que la educación sea falseada, en tanto que siga floreciendo en el ilustre Colegio Mayor la piedad con que hoy día corresponde á su noble abolengo.

II.

10. Pero es más que todo eso lo que significa el rosario, y más también lo que la educación exige. Ésta debe proponerse por blanco primordial de sus tareas la confirmación moral del joven; y el rosario es justamente medio eficazísimo para labrar virtudes en el corazón del hombre y hacerlas florecer en el seno de la sociedad. En efecto, no es posible contemplar en el recogimiento de los sentidos los augustos misterios de la vida de Jesucristo y de su santa Madre, según se practica por medio del rosario, sin rendirse al poderoso encanto del ejemplo de virtudes que allí aparecen puestas de relieve, sobre todo de la virtud cristiana por excelencia, de la abnegación de sí mismo. ¿Cuál no será, pues, la eficacia de la práctica diaria de esta oración para modelar las costumbres por el ideal de toda santidad? Reflexionemos. Un Dios anonadado hasta tomar la librea del esclavo en el misterio de la Encarnación ¿no será capaz de abatir el orgullo del hombre

pecador, reduciéndolo á los términos del humilde conocimiento de sí mismo que reclaman á una la razón y el Evangelio? Un Dios soberanamente rico, autor y dispensador de todos los tesoros de cielo y tierra, que viene al mundo en un misérrimo pesebre, allá en la aldea de Belén, en el silencio y desamparo de la media noche, rodeado de miseria y privaciones ¿no templará siquiera los ardores de esa fiebre de riquezas que devora el corazón metalizado del hombre de este siglo, siglo idólatra del oro, raíz maldita y venenosa de todos los males que hoy aquejan á la sociedad? Y, sobre todo ¿podrá menos de ceder avergonzado el amor del deleite, hijo de la vil concupiscencia de la carne, ante ese espectáculo desgarrador de la inocencia cargada de dolores, de la carne inmaculada de Jesús desgarrada á poder de azotes en el pretorio, y consumida en el fuego del sacrificio en el Calvario? Así es como, por efecto natural del rosario, siéntese el hombre lleno de ardimiento en la tremenda lucha que debe trabar consigo mismo, y capaz de vencer y sujetar sus aviesas y envejecidas pasiones, elevándose de victoria en victoria hasta la cumbre de la perfección cristiana.

II. Y acerca de este punto es preciso desengañarnos, señores, y desenmascarar al mundo hipócrita que á tantas almas trae fascinadas con su careta de virtud. La verdadera virtud es la que tiene á Cristo por modelo y por molde el Evangelio, y ésa es la abnegación. Ahí está la gran proclama dirigida por el sumo Capitán de los buenos á todos sus soldados y discípulos. *Quien quiera venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame*¹. Ya lo veis, no queda otro camino

¹ Luc. 9, 23.

para seguir á Cristo, que es camino, verdad y vida, sino la cruz; y la cruz significa represión violenta de todas las inclinaciones viciosas que germinan en nuestro pobre corazón. Y esto conviene que lo entiendan principalmente aquellos á quienes está cometida la grave y honrosa misión de educar la juventud. No basta, pues, para dar por concluída esa tarea, con delinear en el carácter del joven los rasgos de compostura exterior y civilidad que franquean la entrada al hombre fino y bien amanerado en los primeros círculos de la sociedad. No basta con modelar su espíritu según la norma del cumplido ciudadano, del hombre honrado, del caballero, del patricio. Hay que hacer más, hay que formar á Cristo en cada niño, como decía San Pablo¹, hay que hacer de cada hombre un cristiano de pura raza; porque, al cabo, sólo el verdadero cristiano es el hombre perfecto, y éste es el que la sociedad necesita y el que pide á la educación. Éste vendrá á ser luego el modelo de padres de familia, el amigo virtuoso, el abnegado patriota, el leal partidario, no ya del interés privado ni del medro personal, sino del bien público, de la noble causa del orden, del legítimo progreso, de la libertad en la justicia. Y, sobre todo—y esto es lo que más importa para la humana felicidad—el hombre así educado será la *vera effigies* del Hombre-Dios, depositario en la tierra de los tesoros de la gracia y heredero de la bienaventuranza en la eternidad. ¿No es ésta la meta á que debe aspirar la verdadera educación cristiana? Mas, para llegar á tocarla, es necesario inculcar constantemente al joven la máxima cristiana: *Vince te ipsum*, y acostumbrarle desde muy temprano

¹ Gal. 4, 19.

á combatir sin tregua ni indulgencia sus pasiones, su sensualidad y su orgullo; á lo que ayudará eficazmente mantener siempre izada delante de sus ojos la bandera de la Cruz, mostrarle todos los días en la recitación del rosario la imagen de María al pie del Crucificado.

12. Que no es éste el modo de ver las cosas al final del siglo XIX; que esto equivaldría á retroceder tres siglos, á volver á las nefastas épocas del obscurantismo y las preocupaciones... que es preciso educar á la juventud de acuerdo con otras ideas, con las ideas conquistadas por la ciencia moderna... Sea todo en-horabuena. Pero ¿qué nos dice, además del dictamen de la razón, la irrecusable prueba de la experiencia? Las generaciones que se ha ensayado conducir por nuevas sendas, muy distintas de aquélla, *por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido*, hablando con franqueza, ¿han sido realmente mejores, más virtuosas, más grandes que las generaciones de antaño, educadas al abrigo de la idea cristiana en estos mismos venerandos claustros? Pues entonces ¿qué valen las frases relumbrantes desmentidas por los hechos? Levántense de sus tumbas los ínclitos varones que ilustraron, allá en los tiempos del obscurantismo, estas mismas aulas tres veces seculares, y confundan con el ropaje de gloria que los cubre, no deslustrado con el polvo de los siglos, las locas pretensiones de los sectarios de la idea nueva, de los necios burladores del antiguo sistema. Ellos fueron tan doctos é ilustrados como lo permitió su época; y hoy ciertamente lo serían mucho más en algunos departamentos del saber, ya que no en todos; pero aun más que sabios, fueron espejos de virtudes, fueron hombres de corazón y de carácter, patriotas hasta el

heroísmo, incapaces de manchar su nombre con acciones indignas y cobardes. ¡Plugiera á Dios que brillaran siempre muchos sabios de su talla en nuestra patria!

III.

13. Y brillarán, no lo dudemos, repuesta ya la educación oficial sobre sus legítimas y tradicionales bases. Habrá cosecha abundante de almas nobles y hermosos caracteres, desde el momento en que la educación se eleve hasta donde debe elevarse el hombre mismo, hasta la región de lo divino, de lo eterno, proponiéndose por meta y fin último la felicidad sobrenatural que se nos ha revelado por Cristo. Se objetará que no es preciso subir tan alto para obtener los más halagüeños resultados. Pero ¿por qué detener el vuelo del espíritu restringiendo sistemáticamente el fin de la educación á los mezquinos intereses de la vida presente? ¿Por qué decir al joven: «Educate para valer en el mundo, para figurar en primer término en el teatro social», y no decirle más bien con lenguaje cristiano: «Educate para ser feliz eternamente»? ¡Oh! señores, la expresión es algo dura para ciertos oídos, no parece propia del liceo ni de la academia, sino del templo y de la casa de retiro; pero eso ¿qué importa? ¿es acaso menos necesaria, menos exacta? ¿No será tal vez el espíritu del mundo, reprobado por Jesucristo, el que nos ciega, cuando nos empeñamos en descartar del plan de educación todo elemento, toda idea sobrenatural? Así es sin duda. Pero, en hecho de verdad, el fin último, que no es otro sino la salvación del hombre á gloria del Criador, debe ser el término final de toda humana actividad, supuesto que todos los demás fines, como secundarios y relativos, han de estar subordinados al

primero y absoluto. Y esto cede indudablemente en provecho de la sociedad.

14. ¿Qué resulta, en efecto, según observa el ya citado Pontífice reinante, del olvido del fin último en la moderna escuela secularizada? Resulta lo que por desgracia se está palpando en todas partes dondequiera que se ha implantado el sistema de educación pagana: desenfrenado apetito de riquezas y placeres, ilusión de felicidad cumplida en este valle de lágrimas convertido en ameno paraíso. El naturalismo en teoría y el materialismo en práctica, he ahí los frutos amarguísimos del olvido del cielo, del menosprecio de los bienes eternos, desdeñados por quiméricos y vanos. Y, si el destino del hombre, su razón de ser, una vez puesta en discusión ó negada su inmortalidad, no es otro que gozar y más gozar sobre el planeta; ¿á qué quedará reducido el fin de la sociedad? ¿cuál será el vínculo moral que ligue á los hombres entre sí? ¿cuáles, los principios que regulen la vida pública y la conducta privada? ¿Quedará en pie algo bueno y honesto, una vez erigido sobre el pedestal del corazón el ídolo del materialismo? Pues ése es, lo repito, el abismo en que viene á parar el afectado menosprecio del cielo.

15. No dará en él ciertamente un colegio basado en las puras doctrinas del Angélico, regido por sabios estatutos, y en donde al honroso título de Nuestra Señora del Rosario corresponden piedad sólida, y amor acendrado á su excelsa Patrona. El rosario hablará eloquentemente á sus alumnos de otros goces que no son los que produce este miserable lugar de expiación y destierro: el rosario desplegará á su vista los brillantes cuadros de la gloria del Salvador surgiendo del sepulcro y elevándose por su propia virtud hasta la diestra de

su Padre, y luego de la exaltación gloriosa de la Virgen adormecida un momento en el féretro, como en un lecho florido, y subiendo en seguida sobre las alas de los ángeles á las alturas del empíreo: el rosario, en fin, los hará superiores á las frívolas ambiciones de la tierra, armará de fortaleza sus nobles corazones y formará en ellos el generoso carácter cristiano, el tipo del hombre que vive para la eternidad y, corriendo en pos de ella, peregrina por la tierra practicando el bien y legando altos ejemplos á la posteridad.

16. Así es como el rosario, santísimo en su objeto y significación, contribuirá á maravilla, hasta con el prestigio de su nombre, á realizar los grandes fines de la educación cristiana; porque él, como he procurado haceros ver, robustecerá más y más con su práctica los fundamentos de la fe, hará florecer las más hermosas virtudes al lado de las ciencias, y, purificados los corazones de las manchas de terrenales afectos, sabrá elevarlos hasta las alturas donde ya se columbra y aun empieza á gozarse en parte aquella felicidad suprema de la visión de Dios, en que se anega el corazón de Cristo y se inunda en delicias el seno de María.

Creced, pues, y floreced, venturosos alumnos del Colegio del Rosario: *Florete, flores, quasi lilium*¹: Ostendad verde follaje, lozanos renuevos de la Iglesia y de la Patria, halagados con las brisas del cielo de la devoción á vuestra tierna Madre: *Fronde in gratiam*, para que, á vuelta de pocos años, brindéis opimos frutos de virtud y letras, esparciendo por doquiera el buen olor de este célebre plantel y el bien merecido

¹ Eccli. 39, 19.

renombre de sus directores y maestros: *Date odorem....*
El rosario, como lazo de rosas y azucenas, estrechará eternamente á los hijos con su madre. Así sea.

SEGUNDO DISCURSO RELIGIOSO PRONUNCIADO
EN LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DEL
ROSARIO

(en el Colegio Mayor del Rosario de Bogotá).

**Nuestra Señora del Rosario, maestra de la
creencia de Jesucristo.**

Ego feci in caelis ut oriretur lumen indeficiens.
Eccli. 24, 6.

1. Si este importante establecimiento de enseñanza, el mayor en su clase en toda la nación, es sin lisonja un foco esplendente de luces intelectuales y morales para la juventud colombiana, con razón ocupa ese trono del altar, desde donde preside, cual Señora, á todas las faenas escolares, esa Virgen singular que por su maternidad divina ha hecho nacer en el cielo y reflejar sobre la tierra la luz indeficiente, esa Virgen que dió á luz al que dijo con verdad: *Yo soy la luz del mundo*¹.

Sí, señores, rector y catedráticos de este insigne Colegio del Rosario, y vosotros, dignísimos alumnos, *Colegiales de la Virgen*, como os llaman vuestras constituciones: ningún otro que María, trono de la Sabiduría Encarnada, Maestra de la ciencia y la virtud, debe ocupar el puesto de honor, en este célebre plantel,

¹ Io. 8, 12.

donde tantas generaciones han bebido y siguen bebiendo á raudales la ciencia de las grandes verdades y la grande y verdadera ciencia de la vida. He aquí, á mi ver, la más alta gloria entre las muchas que registra el Colegio Mayor; tener por Patrona á la Santísima Virgen en su gloriosísima advocación del Rosario; como quiera que este título, no sólo significa que María, la vencedora del Islam en Lepanto y en Belgrado, ampara con su cetro de oro á la noble juventud estudiantina que frecuenta estas aulas, sino, y principalmente, que ella misma, por medio de la devoción de su Corona de místicas rosas, adoctrina á los jóvenes alumnos en la ciencia de las ciencias, cual es el conocimiento y amor de Jesucristo, *luz verdadera que ilumina á todo hombre*¹; y de esta suerte puede asegurarse que ella en persona se encarga de dirigir su educación. ¡Qué distinción y qué ventura la vuestra, jóvenes que lleváis por divisa sobre el pecho el escudo del rosario, ser propia y verdaderamente los *Colegiales de la Virgen!*

2. Y en hecho de verdad, ¿qué otra cosa es el rosario, esa expresiva oración, indefectible en este establecimiento, sino la enseñanza objetiva de Jesús acompañado siempre de María? ¿Qué hacéis cuando en el recogimiento de este templo, á la luz misteriosa del crepúsculo, vais repitiendo pausadamente hasta cincuenta veces la salutación angélica, aclamando á la Mujer bendita entre todas las mujeres y al bendito fruto de su vientre virginal: qué hacéis, digo, sino evocar en vuestro espíritu palpitante de religiosa ternura, el hecho sobrenatural de la Encarnación del Verbo? ¿Qué, cuando repasáis uno á uno los principales misterios de la vida,

¹ Io. 1, 9.